

de ser materialmente igual—, sino «cómo» lo hace: como enviado oficial del Obispo y en obediencia. En definitiva, lo que distingue al diaconado es estar *in ministerio episcopi*, en las diversas tareas que le encomiende, y en esa medida participa del oficio apostólico y debe ser ordenado en una relación permanente con el Obispo y la Iglesia.

José R. Villar

Adriano DELL'ASTA (a cura di), *La teologia ortodossa e l'Occidente nel XX secolo. Storia di un incontro. Atti del Convegno promosso da Fondazione Russia Cristiana e Commissione Teologica Sinodale del Patriarcato di Mosca*, Ed. La casa di Matrona («Ricerche»), Bergamo 2005, 179 pp., 17 x 23, ISBN 88-87240-54-X.

El encuentro al que se refiere el subtítulo del libro es el simposio promovido los días 30-31 de octubre del año 2004 por la Fundación Rusia Cristiana y por la Comisión Teológica Sinodal del Patriarcado de Moscú. El simposio forma parte de un ámbito de colaboración más amplio. Las dos instituciones se proponen la publicación de textos significativos de la teología del siglo XX, la colaboración en la evangelización cristiana en el mundo de hoy, y la organización de congresos internacionales, como el que ahora presenta sus actas.

El título de este simposio da el marco de las diversas ponencias y aportaciones, que tratan cuestiones particulares alrededor del tema central de la presencia intelectual ortodoxa en el occidente (principalmente europeo) del siglo XX. Las trece colaboraciones recorren temas como la presencia de la filosofía rusa; el pensamiento de algunos de sus autores como Berdjaev, Fedotov, y su influencia en el movimiento francés de «Esprit»; o bien la célebre figura del teólogo Boul-

gakov; la importancia de la emigración rusa en los países europeos (especialmente en Francia) y su autoconciencia de «misión» en el impulso de un proyecto de cultura cristiana; o bien la presencia del tema ecuménico entre esa emigración de intelectuales rusos. En este contexto no podía faltar una alusión a la «escuela de París» de los ortodoxos emigrados, o a los grupos de pensadores rusos en Inglaterra. Finalmente, tiene un lugar especial en las actas el renacimiento del interés por los Padres de la Iglesia tanto en la teología católica (especial atención merece la colección francesa «Sources chrétiennes»; o la influencia de los Padres en teólogos como H. de Lubac o H.U. von Balthasar) como también en el ambiente ortodoxo.

La lectura de estas páginas ilustra abundantemente el trasfondo y las conexiones de la teología católica centro-europea previa al Concilio Vaticano II con el «mundo», entonces novedoso y con un cierto toque de exotismo, de la Ortodoxia rusa en Europa.

José R. Villar

Ricardo FERRARA, *El misterio de Dios. Correspondencias y paradojas*, Sígueme («Lux mundi», 83), Salamanca 2005, 687 pp., 14 x 22, ISBN 84-301-1554-4.

Es un tratado de Dios uno y trino en el que están presentes todas las cuestiones importantes. El acento está puesto, como leemos en el prólogo, en el momento sistemático, adoptando la forma clásica del tratado de *Dios uno y trino*, «dando preferencia al magisterio de santo Tomás de Aquino, de acuerdo a las orientaciones conciliares (OT 16c)». Se trata de dos características muy importantes de esta obra. El lector se encuentra ante una obra de pensamiento profundo y de sólida estructu-

ración sistemática en la que se da especial relevancia al pensamiento clásico, especialmente al tomasiano, y a la visión teológica del Concilio Vaticano II conforme a la expresión «*mysterium Christi et historiam salutis excolere*» propuesta por *Optatam totius* como ideal del quehacer teológico.

Añadamos inmediatamente que todo esto está hecho en un ambiente de gran claridad expositiva. En numerosas ocasiones, el A. no duda en formular su pensamiento en proposiciones de una claridad envidiable. He aquí dos ejemplos muy elocuentes: «El juicio *Dios existe* no es inmediatamente evidente para la inteligencia, la cual necesita mediaciones de la razón o, cuando menos, de la fe» (p. 146). «Dios, Creador y Señor nuestro, puede ser conocido con certeza por la razón humana como la causa a partir de sus efectos» (p. 156). Esta forma de exposición se repite con frecuencia. Así p.e., todo el tema del conocimiento divino es estructurado por proposiciones siguiendo los artículos de STh I, q. 14. No tiene nada extraño. Nos encontramos ante un libro que brota de una dilatada experiencia docente y en el que el A. se esfuerza por facilitar al lector la comprensión de cuestiones que no son nada fáciles.

Junto a esto encontramos también un amplio conocimiento de cuestiones que afectan al quehacer teológico en general, como son las cuestiones propias del lenguaje. Así se ve, p.e., en lo que se refiere a la teología, la paradoja y a la analogía (pp. 25-30). En este último punto, como se puede deducir de las proposiciones que se acaban de citar, el A. es muy sensible a la importancia de la analogía especialmente a la analogía de atribución intrínseca. Es sensible también a toda la cuestión de la inefabilidad divina, de la controversia con Eunomio, y del desarrollo de la teología apofática

(pp. 97-100). Ya desde el comienzo del libro, el A. mantiene un envidiable equilibrio entre el recurso a la analogía a la hora de tratar sobre el nombre Dios o sobre las perfecciones divinas, y la radicalidad con que percibe la inefabilidad divina apoyándose en Santo Tomás cuando dice que «la naturaleza de Dios, tal como es en sí, no es conocida por el católico ni por el pagano; pero uno y otro la conocen según *alguna razón de causalidad, de excelencia o de remoción [negación]*» (STh I, q. 13, a. 10 ad 5) (p. 24).

El libro está estructurado en dos grandes partes: la primera está dedicada a las cuestiones propias de la unidad divina (pp. 41-348), y la segunda al misterio de la Trinidad (pp. 349-640). En cada una de estas dos grandes partes, el A. establece una división usual en los tratados y manuales sobre Dios y que desde todos los puntos de vista resulta muy útil: una parte positiva (Dios, o la Trinidad de Personas en la Escritura, en la Tradición y en el Magisterio) y otra directamente sistemática. Aunque el A. nos ha dicho que va a prestar especial atención al momento especulativo, estas partes de teología positiva son también de una gran riqueza y un gran interés.

Ferrara toca con personalidad propia cuestiones que se han venido considerando desde hace mucho tiempo, muchas veces ofreciendo perspectivas y formulaciones muy interesantes. Véase, p.e., el apartado dedicado a «la circularidad del misterio de Dios» (pp. 33-36), donde analiza la relación entre cristología y tratado sobre Dios y critica tanto la *confusión* entre ambos, «el fideísmo y el cristomonismo barthiano» y el extremo opuesto, es decir, la *separación* entre ambos desde «la errónea presunción de que el concepto del *Dios uno* estaría suficientemente elaborado por la teología filosófica». No está fuera de lugar el trata-

miento del conocimiento humano de Dios en el cielo, pues corona así el estudio de la posibilidad del conocimiento de Dios por parte del hombre (pp. 238-251). En este asunto le basta seguir el orden de Tomás de Aquino, que trata este asunto en STh I, q. 12. Certera y aguda la crítica hecha a K. Rahner, tanto en lo que se refiere a la ciencia de visión de Cristo, como a la distinción entre visión *inmediata* de Dios y visión *beatífica*: «la disociación rahneriana entre visión inmediata y visión beatífica no viene impuesta por sus principios teológicos, sino por su dificultad para encarar la paradoja del crucificado, feliz y doliente, mantenida por la tradición teológica y por la teología vivida de los santos» (p. 251). También son especialmente interesantes las páginas dedicadas al «Filioque» (pp. 427 y 457-459) y a la *perichoresis*. Lo mismo se puede decir de la crítica hecha al *Grundaxiom* rahneriano apoyándose sobre todo en G. Lafont (pp. 463-464).

Nos encontramos, pues, ante un tratado sobre Dios, bueno y extenso, en el que se armonizan exposición escriturística, análisis patristico, conocimiento de la teología medieval, de la teología moderna y contemporánea con una muy oportuna sistematización. En resumen: un buen tratado sobre Dios que viene a sumarse al número no exiguo de buenos tratados sobre Dios que ya existen, escritos con posterioridad al Concilio Vaticano II.

Lucas F. Mateo-Seco

Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Fundamentos de Cristología I: El camino*, Biblioteca de Autores Cristianos («B.A.C.», 651), Madrid 2005, 832 pp., 13 x 20, ISBN 84-7914-759-8.

A lo largo de su dilatada carrera académica, González de Cardedal ha dedi-

cado muchas páginas a la cristología. Destacan por su extensión dos libros: *Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología* (BAC, col. Maior 9), y *Cristología* (BAC, col. Sapientia fidei 24). A este último libro hemos dedicado hace pocos años una larga reseña en Scripta Theologica (ScrTh 33 [2001] 927-932). Ahora, también en la BAC, González de Cardedal ofrece un extenso texto que titula «Fundamentos de Cristología». El título está elegido con acierto. En efecto, aunque los temas tratados se aproximan a los propios de una cristología fundamental, sin embargo el libro desborda un tratado de cristología fundamental, para prestar atención a numerosos temas básicos, fundamentales para la fe en Cristo y mucho más numerosos que lo que es costumbre tratar en un tratado de fundamental. Baste anotar apartados como éstos: «De la absolutización de la razón a los sentidos revividos; El Espíritu Santo y los sentidos espirituales; La reacción del corazón y del ánimo frente a la razón, y de la praxis frente al concepto; Del Cristo sensible al Dios sentido» (pp. 647-653).

El lector encuentra en el libro muchos datos y muchas cuestiones interesantes, quizás ya conocidas, pero vistas desde ángulos nuevos. La amplia cultura y los intereses culturales del A. lo garantizan de sobra. Así sucede, p.e., con la forma en que se describe el itinerario de la *Leben-Jesu-Forschung* desde finales del siglo XVIII al fin del siglo XX (pp. 166-320). Otras veces, a mi modesto entender, el afán por presentar en forma simétrica las cosas hacen que las formulaciones resulten quizás un tanto retóricas. Así sucede p.e., cuando al hablar de la confesión cristológica en el Nuevo Testamento, titula: «Los tres títulos identificadores de Jesús: Cristo, Señor, Hijo» (p. 144); es obvio que bien pudiera haber añadido un título cuarto